

TESTIGO EN LA OSCURIDAD

Fredric Brown

I

El leer lo ocurrido en el periódico ya me dio una ligera idea de los horrores del asunto. Por alguna razón, tuve el presentimiento inmediato de que se me pondría a trabajar en ese caso y de que aquello no me iba a gustar. Naturalmente, podría estar ya resuelto a mi regreso; era la tarde del penúltimo día de mis vacaciones. Pero no creí que pudiera ser así.

Dejé el periódico y traté de olvidar lo que había leído, mirando a Marge. Incluso después de cuatro años de matrimonio, me gustaba mirar a Marge.

Pero en esta ocasión no consiguió eliminar de mi mente lo que había leído. A través de una línea de pensamiento secundaria, mi mente volvió al caso. Pensé en lo malo que sería estar ciego y no poder mirar a Marge nunca más. La historia publicada en el periódico hablaba de un hombre ciego..., un ciego que era el único testigo de un asesinato.

Marge levantó su mirada, me preguntó en qué estaba pensando y se lo dije. Se interesó por el caso, y le conté los detalles; sólo pude hablar de lo que había publicado el periódico.

- El nombre del ciego es Max Easter. Hasta hace tres días era el contable de la Springfield Chemical Works. Hasta hace tres días no era ciego..., y ahora no saben si su ceguera será permanentemente o no; se la produjo un accidente en la planta de productos químicos. Parece que alguna clase de ácido le salpicó la cara mientras estaba recogiendo las tarjetas de entrada del personal de la planta. Los médicos creen que se recuperará, pero ahora está completamente ciego y tiene los ojos vendados.

»Ayer por la tarde estaba en su habitación - en la que aún permanece -, hablando con un amigo suyo llamado Armin Robinson, que había ido a verle. Sus esposas, la de Easter y la de Robinson, se habían marchado a la ciudad a ver una película. Los dos hombres estaban solos en la casa... a excepción del asesino.

»Armin Robinson estaba sentado en una silla, cerca de la cama, y la puerta de la habitación permanecía entreabierta. Max Easter estaba semisentado en la cama, y los dos amigos estaban hablando. Entonces, Easter oyó cómo chirriaba la puerta y alguien entró en la habitación. Escuchó moverse a Robinson y cree que su amigo se levantó en aquel momento, pero nadie dijo una sola palabra. Entonces, de repente, sonó un disparo, e inmediatamente después escuchó la caída de un cuerpo, procedente del lugar donde antes se encontrara Robinson. A continuación, los pasos extraños se adentraron más en la habitación y Easter, sentado allí, en la cama, esperó a que el desconocido disparara también sobre él.

- ¡Qué horrible! - exclamó Marge.

- Pero ahora viene lo peor de todo - dije -, En lugar de sentir el impacto de una bala, Max Easter sintió cómo algo caía en la cama, sobre el colchón. Extendió la mano, buscándolo a tientas, y se encontró con un revólver. Entonces, escuchó al asesino, moviéndose, y apuntó el revólver en aquella dirección, y apretó el gatillo...

- ¿Quieres decir que el asesino le entregó el arma? ¿Que la arrojó sobre su cama? ¿Es que no sabía que un hombre ciego puede disparar dejándose guiar por el sonido?

- Todo lo que sé es lo que han publicado los periódicos, Marge. Y así es como cuentan la historia de Easter. Pero podría ser. Probablemente, el asesino no se dio cuenta de que el impacto del arma sobre el colchón indicaría a Easter dónde había caído el revólver, como tampoco pudo imaginar que él lo cogiera con tanta rapidez. Quizá, pensó que podría salir de la habitación antes de que Easter pudiera encontrar el arma.

- Pero, ¿por qué entregarle el arma, de todos modos?

- No lo sé. Pero, siguiendo con la historia de Easter, cuando hizo oscilar el arma para apuntar en dirección al sonido, escuchó un ruido, como el de las rodillas de un hombre al tocar el suelo, y se imaginó que el asesino se había agachado para mantenerse fuera de la línea de tiro, si él decidía disparar. Así pues, Easter bajó el arma, apuntando medio metro por encima del nivel del suelo, y apretó el gatillo. Sólo una vez.

»Y entonces, según dicen, de repente, tuvo más miedo de lo que estaba haciendo que de lo que pudiera ocurrirle a él, y terminó por arrojar el arma. Estaba disparando en la oscuridad..., literalmente en la oscuridad. Si se equivocaba al analizar lo que estaba sucediendo, podría estar disparando contra Armin Robinson... o contra cualquier otra persona. Ni siquiera sabía con seguridad que se había cometido un asesinato, o lo que había ocurrido allí.

»Así pues, arrojó el arma, que golpeó una de las esquinas de la cama y cayó al suelo. Así que no podía volver a recogerla, aun cuando cambiara de opinión. Y se quedó allí, sentado en la cama, sudando, mientras fuera quien fuese se movió un rato por la habitación antes de marcharse.

Marge me miró pensativa, antes de preguntar:

- Moviéndose por la habitación..., ¿haciendo qué, George?

- ¿Cómo podía saberlo Easter? Después se comprobó que había desaparecido la cartera de Armin Robinson, así es que, probablemente, una de las cosas que hizo el desconocido fue cogerla. También desaparecieron la propia cartera de Easter y su reloj, que estaban sobre la mesita de noche, según dijo después su esposa. También desapareció una pequeña maleta.

- ¿Una maleta? ¿Y para qué se llevarían una maleta?

- Para transportar los objetos de plata que desaparecieron de la planta baja, junto con otros pequeños objetos, del tipo de los que se podría llevar un ladrón. Easter dijo que el desconocido se movió por la habitación durante lo que le pareció un largo rato, aunque probablemente sólo se trató de un minuto o dos. Después, le escuchó bajar las escaleras, moverse un rato por la planta baja y finalmente oyó cómo se abría y se cerraba la puerta de atrás.

»No se atrevió a levantarse hasta estar seguro de que el asesino había abandonado la casa. Entonces, fue avanzando hacia donde estuviera Robinson y descubrió que había muerto. Así es que bajó poco a poco las escaleras hasta llegar adonde estaba el teléfono y llamó a la policía. Y así termina la historia.

- Pero eso es horrible - dijo Marge -. Quiero decir que deja muchos cabos sueltos, muchas cosas que pueden plantear preguntas.

- Que es precisamente lo que he estado haciendo. Me impresiona especialmente la imagen de ese hombre ciego disparando en la oscuridad, sintiéndose después atemorizado porque no sabía contra qué o quien estaba disparando.

- George, ¿verdad que los ciegos adquieren sentidos especiales? Quiero decir que pueden conocer a una persona por la forma en que ésta anda... ¿verdad que pueden saber cosas como ésas?

- Max Easter era ciego desde hacía sólo tres días - dije, muy pacientemente -. Quizá fuera capaz de distinguir los pasos de un hombre de los de una mujer..., si la mujer llevara tacones altos.

- Creo que tienes razón. Aun cuando conociera al hombre...

- Aun cuando el asesino fuera un amigo suyo - dije -, no lo habría podido saber. Por la noche, todos los gatos son pardos.

- Todos los gatos parecen pardos.

- Eres una boba - dije.

- Míralo en el Dudas de Bartlett.

Marge y yo siempre estamos discutiendo por cosas como ésta. Saqué la obra de Bartlett de la maleta y la consulté. En esta ocasión, ella tenía razón. También me había equivocado en lo de «por la noche». El dicho era: «De noche, todos los gatos parecen pardos.»

Cuando admití ante Marte - para variar - que ella tenía razón, y dejamos pasar un rato en silencio, su mente volvió de nuevo al asesino.

- ¿Y qué sucede con el revólver que abandonó, George? ¿No le pueden seguir la pista por las huellas? ¿O por el número de serie del arma, o por algo?

- Se trataba del revólver del propio Max Easter - dije -. Estaba en el cajón de una mesa que hay en el piso de abajo. Se me olvidó decírtelo. El asesino debió de cogerlo antes de subir.

- ¿Crees que era un simple ladrón?

- No - le dije.

- Yo tampoco. Hay algo en todo esto..., algo que suena mal.

- Me parece que es algo más que eso. En todo esto hay una total discordancia. Pero no me puedo imaginar lo que es.

- Ese Max Easter - dijo mi esposa -, quizá no esté ciego.

- ¡Intuición femenina! - exclamé con un bufido -. Creo que a menos que tengas alguna razón para decirlo, eso es algo tan tonto como decir que disparó contra un gato pardo, simplemente porque mencioné ese proverbio antes.

- Quizá lo hizo - dijo Marge.

Ni siquiera valía la pena contestar aquella observación. Volví a coger el periódico, abriéndolo por la sección de deportes.

Los periódicos del domingo, al día siguiente, publicaban más sobre el caso, pero no añadían nada nuevo. No se habían efectuado detenciones y, al parecer, ni siquiera se sospechaba de nadie. Esperaba que no me pusieran a trabajar en el caso. No sé exactamente por qué. Simplemente, lo esperaba así.

II

Tuve que hacerme cargo del caso casi antes de entrar en la oficina. Antes de quitarme la gabardina, alguien me dijo que el capitán Eberhart quería verme en su despacho, y hacia allí me dirigí.

- ¿Ha tenido unas buenas vacaciones, George? - me preguntó, pero sin esperar siquiera mi contestación siguió hablando -. Le voy a poner a trabajar en el caso del asesinato de ese Armin Robinson. ¿Ha leído algo en los periódicos?

- Claro - contesté.

- Entonces sabe tanto del caso como cualquier otra persona, excepto una cosa. Se la diré, pero, al margen de ese detalle, quiero que trate el asunto fríamente, sin ninguna clase de ideas preconcebidas. Nosotros no hemos llegado a ninguna parte, y quizá a usted se le pueda ocurrir algo que se nos ha escapado a nosotros. Creo que vale la pena intentarlo.

- ¿Y qué ocurre con los informes del laboratorio de balística? - pregunté, después de asentir -. Puedo abordar a la gente con frialdad, pero me gustaría conocer los hechos físicos.

- Está bien. Según el informe del juez de instrucción, Robinson murió instantáneamente a consecuencia de una bala que le atravesó la cabeza. La bala quedó incrustada en la pared, casi un metro detrás de donde había estado sentado, y aproximadamente a un metro setenta de altura, con respecto al nivel del suelo. Penetró en la pared casi en línea recta. Todo concuerda, si él se levantó en el momento en que el asesino entró en la habitación, y siempre que éste se encontrara en la puerta o en el interior de la habitación e hiciera el disparo manteniendo el arma al nivel del ojo.

- ¿La bala procede del arma encontrada?

- Sí, y también sucede lo mismo con la otra bala, la que disparó Max Easter. Y en el arma había dos cápsulas vacías. No hay huellas en el revólver, a excepción de las del propio Easter, el asesino tuvo que haber llevado guantes. Y mistress Easter dice que de la cocina le faltan un par de guantes blancos de algodón.

- ¿Existe alguna posibilidad de que Max Easter disparara las dos balas, en lugar de una?

- Absolutamente no, George. Él está ciego..., al menos temporalmente. El médico que le trata lo garantiza así; hay pruebas... reacción de las pupilas a los destellos repentinos de luz y cosas así. La única forma en que un ciego podría darle a alguien en un centro tan mortal como la frente sería manteniendo el revólver contra ella..., y no había ninguna quemadura causada por la pólvora. No, la historia de Max Easter parece la de un chiflado, pero todos los hechos encajan perfectamente. Incluso el tiempo. Algunos vecinos escucharon los disparos. Pensaron que se trataba de petardos, y no investigaron, pero se dieron cuenta del tiempo; algunos de ellos estaban escuchando la radio y todo se produjo durante el cambio de programas de las ocho..., dos disparos con una diferencia de unos cinco segundos entre uno y otro. Y según nuestros propios archivos, la llamada que nos hizo Easter se produjo a las ocho y doce minutos. Esos doce minutos encajan bastante bien con lo que nos dijo que sucedió, desde que se produjeron los disparos hasta que consiguió llegar al teléfono.

- ¿Qué tal con las coartadas de las dos esposas?

- Perfectas. Mientras se produjo el asesinato, se encontraban las dos juntas viendo una película. Precisamente eran más o menos las ocho de la tarde cuando entraron en el cine y vieron a algunos amigos en el vestíbulo del local, así es que no se trata sólo de su palabra. Puede considerar la coartada como buena.

- Está bien - dije -, ¿y qué es lo que no han publicado los periódicos? Me refiero a ese detalle de que me habló antes.

- El informe de laboratorio sobre la otra bala, la que disparó Easter contra el asesino, indica que hay en ella restos de materia orgánica.

- ¡Entonces el asesino fue herido! - exclamé, con un silbido, pues aquello debía hacer más fácil el caso.

- Quizá - dijo el capitán Eberhart, suspirando -. Siento mucho tener que decirle esto, George, pero si fue herido, se trataba de un gallo que llevaba un pijama de seda.

- ¡Estupendo! - exclamé -. Mi esposa dice que Easter disparó contra un gato pardo, y mi esposa casi siempre tiene razón. En todo. Pero ahora, ¿le importaría hablar con cierto sentido?

- Si puede usted encontrar algún sentido en esto, estupendo. Sacamos la segunda bala de la pared, cerca de la puerta, aproximadamente a unos cuarenta centímetros de altura. El microscopista que la examinó dice que hay en ella restos diminutos de tres clases diferentes de materia orgánica. Se trata de cantidades infinitesimales. Únicamente las puede identificar hasta un cierto punto y no está totalmente seguro de ello. En cualquier caso cree que se trata de sangre, seda y plumas. La respuesta a este rompecabezas sería un gallo que llevara un pijama de seda.

- ¿Qué clase de sangre? - pregunté -. ¿Qué clase de plumas?

- No hay seguridad. Parecen ser restos muy diminutos, y el especialista no se atreve a ir más lejos, ni siquiera como suposiciones. ¿De qué me hablaba antes sobre un gato pardo?

Le conté nuestra pequeña discusión sobre el proverbio, y la burlona observación de Marge.

- En serio, capitán - seguí diciendo -, todo parece indicar que el asesino fue herido. Probablemente sólo se trató de un roce, ya que después continuó haciendo lo que había ido a hacer allí. Eso justificaría la presencia de sangre en la bala, y en cuanto a la seda no es muy difícil suponérselo. Una camisa, unos calcetines, una corbata de seda..., cualquier cosa. Pero en lo que se refiere a las plumas, ya es algo más difícil de establecer. El único sitio donde un hombre puede llevar una pluma, al menos normalmente, es en un sombrero.

Eberhart asintió con un movimiento de cabeza.

- Dejando aparte a los gallos con pijama de seda - dijo -, ésa es la mejor sugerencia que tenemos hasta el momento. Todo podría haber ocurrido así: el asesino ve cómo el arma apunta hacia él, se agacha con rapidez y adelanta su mano hacia el arma. Las manos no detienen las balas, pero a menudo sucede que la gente realiza ese movimiento cuando alguien está a punto de disparar contra ella. La bala roza entonces la mano y la banda del sombrero, que es de seda y lleva una pluma, aunque no tiene la fuerza suficiente para dejarle sin sentido o derribarle, y termina por quedar incrustada en la pared. Después, el asesino se líe un pañuelo alrededor de su mano herida y sigue actuando una vez que Easter ha arrojado el arma lejos de sí, y se siente a salvo.

- Podría haber sido así - dije -. ¿Se ha comprobado si alguna de las personas conectadas con el caso está herida?

- No hay señales de ninguna herida, al menos exteriormente. Y no hemos conseguido suficientes pruebas contra nadie como para obligarle a desnudarse. En realidad, maldita sea, no hemos encontrado a nadie con un motivo. Por muy increíble que parezca, así es. George, casi hemos decidido que se ha tratado de un simple robo. Bien, eso es todo lo que voy a decirle. Encárguese del caso con toda la frialdad posible, y quizá encuentre algo que se nos ha pasado por alto a nosotros.

Volví a ponerme la gabardina y salí de la oficina.

III

Lo primero que tenía que hacer era lo que más me disgustaba: hablar con la viuda del hombre asesinado. En beneficio de ambos, confiaba en que ya hubiera pasado lo peor de la impresión y del dolor.

Desde luego, no me divertí, pero no fue algo tan malo como pudo haber sido. Mistress Armin Robinson se mostró tranquila y reservada, pero estaba dispuesta a hablar y lo hizo sin ninguna emoción. En realidad, la emoción estaba allí, pero en una capa mucho más profunda, que no saldría a la superficie en forma de histeria.

Primeramente, traté la cuestión de su coartada. Sí, ella y mistress Easter, la esposa del ciego, se encontraban en el vestíbulo del cine a las ocho. Estaba segura de que eran exactamente las ocho porque tanto ella como Louise Easter comentaron el hecho de que las horas de sus relojes coincidían; Louise había llegado primero, pero dijo que había estado esperando menos de un minuto. Louise había estado hablando con dos amigas comunes con las que se había encontrado accidentalmente, sin que existiera ninguna cita, en el vestíbulo del local. Las cuatro mujeres entraron juntas al cine y vieron juntas la película. Me dio los nombres de las otras dos mujeres, así como sus direcciones. Tal y como había dicho Eberhart, la cortada parecía ser perfecta. El cine al que habían acudido se encontraba por lo menos a veinte minutos de distancia, en coche, de la residencia de los Easter, donde se había cometido el asesinato.

- ¿Tenía su esposo algún enemigo? - pregunté.

- No, decididamente no. Es posible que no agradara a algunas pocas personas, pero las cosas no pasaban de ahí.

- ¿Y por qué no agradaba a algunas personas, mistress Robinson? - pregunté con amabilidad -. ¿Cuáles eran los rasgos de su personalidad...?

- Era un hombre bastante extrovertido. Ya sabe, vida de reuniones sociales y esa clase de cosas. Cuando bebía unas pocas copas podía destrozar los nervios de la gente. Pero eso no ocurría con frecuencia. Por otra parte, algunas personas pensaban que era demasiado franco. Pero esas no son más que cuestiones de pequeña importancia.

Desde luego, no parecía que se tratara de cuestiones de tanta importancia como para planear un asesinato premeditado.

- Trabajaba como auditor de empresas, ¿verdad? - pregunté.

- Sí, y actuaba independientemente. Él era su propio jefe.

- ¿Tenía algún empleado?

- Sólo una secretaria que trabajaba toda la jornada con él. Tenía una lista de personas a las que llamaba a veces, cuando se le planteaba un trabajo demasiado grande para llevarlo adelante él solo.

- ¿Hasta qué punto usted y su esposo eran amigos íntimos de los Easter?

- Bastante. Probablemente, Armin y Max eran amigos mucho más íntimos de lo que somos Louise y yo. Francamente, no me gusta mucho Louise, pero me las arreglo para estar con ella, teniendo en cuenta la amistad que existe entre mi esposo y el suyo. No es que tenga nada contra Louise..., no me interprete mal... Se trata sólo de que nosotras somos dos tipos de mujeres muy diferentes. Por esa razón, no creo que a Armin le gustara especialmente Louise.

- ¿Con qué frecuencia les veían?

- A veces con bastante frecuencia, pero últimamente sólo una vez a la semana, casi con regularidad. Somos..., somos miembros de un club de bridge formado por cuatro parejas, que nos reunimos alternativamente en cada una de las cuatro casas.

- ¿Quiénes son los demás?

- Los Anthony y los Eldred. Bill Anthony es el editor del Springfield Blade. Precisamente, ahora, tanto él como su esposa están fuera de la ciudad, de vacaciones en Florida. Lloyd Edred trabaja en la Springfield Chemical Works, la misma empresa donde trabaja Max Easter. Es el superior inmediato de Max en la empresa.

- ¿Y Max Easter trabaja allí como contable?

- Así es, como contable y pagador. Lloyd Eldred es el tesorero de la empresa. No se trata de una diferencia tan grande como parece. Creo que Max gana aproximadamente unos diez mil dólares al año, mientras que Lloyd cobra unos doce mil. La Springfield Chemical Works paga salarios muy elevados a sus empleados.

- ¿Realizó su esposo algún trabajo de auditoría para la Springfield Chemical?

- No. Las tareas de auditoría contable las han realizado Kramer y Wright desde hace años. Creo que Armin podría haber conseguido ese trabajo si hubiera querido, pero tenía todo aquel del que podía hacerse cargo él solo.

- ¿Quiere eso decir que le iban bien las cosas?

- Bastante bien.

- Le voy a hacer ahora una pregunta desagradable, mistress Robinson. ¿Existe alguna persona que gane algo con su muerte?

- No, a menos que considere usted que soy yo la que salgo ganando. Existe un seguro de diez mil y la escritura de posesión de esta casa, libre de todo gasto. Pero casi no hay ahorros; compramos esta casa hace un año, y empleamos nuestros ahorros en pagarla al contado. Por otra parte, el negocio de Armin no se puede vender..., no hay nada que vender. Quiero decir que él sólo vendía sus servicios como auditor.

- Entonces, diría que usted no sale ganando nada - dije -. Diez mil del seguro no compensa la pérdida de diez mil dólares anuales de ingresos.

- Ni la pérdida de un esposo, mister Eran.

Aquella observación podría haber sido muy cursi pero me pareció sincera. Me hizo recordar que deseaba marcharme de allí, así es que volví al asunto que me interesaba, preguntándole por la noche del viernes.

- ¿Había planeado su esposo ir a ver a los Easter? - pregunté -. ¿Sabía alguien que iba a ir a su casa?

- No, excepto Louise y yo misma. Y eso, justo antes de salir de casa. Esto fue lo que ocurrió: Louise y yo nos habíamos citado para ir al cine antes de que Max sufriera el accidente en la empresa. Aquella tarde, hacia las seis y media, cuando Armin y yo estábamos a punto de empezar a cenar, Louise llamó por teléfono. Dijo que creía mejor no dejar solo a Max en casa, que se encontraba bastante deprimido. Armin escuchó lo que yo decía por teléfono y habló con Louise, diciendo que debía mantener su cita para ir a ver la película y que él iría a su casa y pasaría la tarde con Max.

- ¿Cuándo se marchó par acudir allí?

- Hacia las siete, porque se marchó en el autobús y quería llegar hacia las siete y media, de modo que Louise tuviera tiempo de llegar puntual a la cita. Me dijo que tomara yo nuestro coche y que le recogiera después de la película, para regresar juntos a casa.

- ¿Y él llegó a casa de los Easter a las siete y media?

- Así es. Así me lo dijo Louise. Me dijo que subió inmediatamente a la habitación de Max, y que ella se marchó unos diez minutos más tarde. Louise conducía su propio coche. Teníamos dos coches para las dos, lo que supongo no fue una planificación muy buena.

- ¿Observó usted algún comportamiento desacostumbrado en su esposo aquel viernes por la tarde, antes de que se marchara? ¿O en cualquier otro momento?

- Había estado un poco de malhumor y preocupado durante dos o tres días. Le pregunté varias veces si estaba intranquilo por algo, pero insistió en que no le ocurría nada.

Traté de profundizar un poco más en esta última cuestión, pero no pude descubrir si ella tenía alguna suposición sobre que podía haber estado preocupando a su esposo. Estaba seguro de que no se trataba de problemas financieros.

Dejé las cosas como estaban y me marché, diciéndole que quizá tuviera que volver más tarde para hablar de nuevo con ella. Se mostró amable al respecto y dijo que lo comprendía.

Después de subir a mi coche, pensé en la conversación. Las coartadas de ambas esposas parecían sólidas. Ninguna de las dos podía haber estado en el cine a las ocho y asesinado a Armin Robinson. Pero no deseaba desechar ninguna posibilidad ni aceptar nada como garantizado, así es que me dirigí a las direcciones de las dos mujeres con las que se habían encontrado Louise Easter y mistress Robinson en el vestíbulo del cine. Hablé con las dos, y cuando me despedí de la segunda, me sentí seguro de la coartada.

Regresé al coche y me dirigí a la Springfield Chemical Work. No veía ningún medio de relacionar el accidente de Max - su ceguera - con el asesinato de Robinson. Pero, en cualquier caso deseaba dejar aclarado aquel aspecto del asunto antes de visitar a los Easter.

La Springfield Chemical debía contar con un eficiente sistema administrativo, pues sus oficinas resultaban pequeñas para una planta industrial en la que trabajaban más de cien personas.

Pregunté a la recepcionista, que estaba inclinada sobre una máquina de escribir y tenía frente a ella una pequeña centralita. Pedí hablar con mister Lloyd Eldred. La recepcionista hizo una llamada telefónica y después me indicó su despacho.

Entré en él. Había dos mesas, pero sólo una estaba ocupada. Un hombre alto, delgado, de aspecto casi afeminado, con un pelo negro y ensortijado, que estaba sentado en la mesa ocupada, me preguntó:

- ¿Sí?

El tono de su pregunta quería decir: «Espero que esto no me llevará mucho tiempo; estoy terriblemente ocupado ahora.» Y por la gran cantidad de papeles que llenaban su mesa, parecía estarlo.

- Soy George Eran, mister Eldred - dije -, de Homicidios.

Tomé asiento en la silla que había frente a su mesa. El hombre se pasó los dedos por el pelo y dijo:

- Se trata de Armin Robinson, supongo.

Lo admití con un gesto de cabeza.

- Bueno..., no sé qué más puedo decirle. De todos modos, Armin era amigo mío y si hay algo...

- ¿Era amigo íntimo de usted?

- Bueno, no exactamente. Nos veíamos al menos una vez a la semana, en el club de bridge que habíamos organizado en nuestras casas. Los Easter, los Anthony, los Robinson y mi esposa y yo.

- Mistress Robinson ya me lo ha dicho - dije, asintiendo -. ¿Va a continuar usted en el club?

- No lo sé. Quizá encontremos a otra pareja..., pero tendremos que esperar a que los ojos de Max Easter se pongan bien. En estos momentos nos faltan dos parejas..., tres, hasta que los Anthony regresen de Florida.

- ¿Cree usted que los ojos de Easter volverán a ver?

- No comprendo por qué no van a poder. El médico dice que sí... Está un poco intrigado por el hecho de que no lo hayan conseguido en tanto tiempo. Le dimos una muestra del ácido, y dijo que, definitivamente, esa clase de ácido no podía causar un daño permanente a los ojos.

El hombre volvió a pasarse los dedos por el pelo.

- Espero..., aunque sólo sea por razones egoístas, que no tarde mucho en volver. Estoy empantanado aquí, tratando de sacar adelante el trabajo de los dos.

El hombre volvió a pasarse los dedos por el pelo.

- ¿Es que la empresa no puede conseguir otro hombre?

- Supongo que podría hacerlo, y que así lo haría si yo lo pidiera. De hecho, discutimos el asunto. La cuestión es que tardaríamos varias semanas en entrenar a alguien hasta el punto de que fuera una ayuda, en lugar de un estorbo. Y el médico dice que Max debería poder estar de vuelta dentro de una semana. De todos modos, las cosas ya no serán tan malas después del miércoles, o sea, pasado mañana.

- ¿Por qué el miércoles? - pregunté.

- Porque es el día de paga quincenal. Ese es el trabajo principal de Max, el pago quincenal y el control de horarios. En esta ocasión tengo que hacerlo yo, aparte de mi propio trabajo, así es que todo me será muy difícil hasta el día de pago. Pero si a Max no le es posible estar de regreso para el siguiente día de pago, tenderemos que tomar otras medidas. No puedo estar trabajando indefinidamente doce horas al día.

Asentí. Al parecer, el hombre me estaba dando a entender algo y me gustó el hecho de que me lo dijera diplomáticamente, en lugar de decirme que me apresurara y terminara el asunto que me había llevado allí.

Así pues, le hice la pregunta rutinaria que tenía que hacerle sobre Armin Robinson; si Lloyd conocía alguna razón por la que alguien pudiera haber deseado la muerte de Robinson, y recibió una simple e inequívoca negativa. También recibí una negativa ante la pregunta de si sabía lo que podía haber estado preocupando a Robinson durante los dos o tres días anteriores a su muerte. Eldred no había notado aquella preocupación la última vez que jugaron juntos al bridge, y fue aquella precisamente la última ocasión que le vio.

Así pues, pasé a tratar otra cuestión.

- ¿Podría contarme algo sobre el accidente de Max Easter?

- Max se lo podría contar mejor que cualquier otra persona ya que estaba solo cuando sucedió. Todo lo que sé es que se dirigía a la fábrica, a la planta de niquelado, para recoger las fichas de horario durante el tiempo en que el personal estaba almorzando. Él solía hacerlo después, con objeto de poder recoger las tarjetas mientras los hombres estaban fuera. De ese modo, puede recorrer toda la planta en una hora; si lo hiciera mientras trabaja el personal, tardaría el doble.

- ¿Pero no le dijo a usted como ocurrió todo? - pregunté.

- ¡Oh, claro! Entró en una de las pequeñas salas de la planta de niquelado, donde están las cubas, para recoger de un estante la tarjeta del hombre que trabajaba allí y que siempre la deja el mismo lugar. Al recoger la tarjeta del estante tiró un jarro que cayó en la cuba que había debajo. Las cosas no están bien instaladas en esa habitación, pues hay que inclinarse sobre la cuba cuando se quiere coger algo del estante, sobre todo porque el estante está más o menos situado a la altura de los ojos. Desde que ocurrió el accidente, hemos cambiado la instalación.

- El ácido que le dejó ciego, ¿estaba contenido en el jarro que cayó, o en la cuba? - pregunté.

- En la cuba. Pero al caer el jarro en el centro de la cuba, le salpicó de ácido.

- ¿Se produjo algún otro daño, aparte de los ojos?

- No, a excepción del estropicio producido en las ropas. Probablemente, estropeó el traje que llevaba puesto. Pero el ácido no es lo bastante fuerte como para dañar la piel.

- ¿Asume la empresa alguna responsabilidad?

- Claro está. En cualquier caso, él está cobrando su salario completo y nos estamos haciendo cargo de los gastos médicos.

- Pero ¿y si el daño es permanente?

- No puede serlo. Así nos lo asegura el médico que le está tratando. De hecho, el médico se inclina a creer que la ceguera es de origen histérico. Habrá usted oído hablar alguna vez de la ceguera histérica, ¿verdad?

- Sí, he oído hablar - dije -. Pero para que se produzca una cosa así tiene que existir una causa psíquica profundamente enraizada. ¿Existiría esa causa en el caso de Max?

Creí verle dudar un momento antes de contestarme.

- No, al menos que yo sepa.

Me detuve un momento, tratando de pensar en otras preguntas que poder hacer, pero no se me ocurrió ninguna más. Por la forma en que me miraba Lloyd Eldred, me di cuenta de que se estaba preguntando por qué había plantado tantas cuestiones sobre el accidente de Max y sobre el propio Max. En realidad, yo también me preguntaba el porqué. Volví a mirar la gran cantidad de papeles que había sobre la mesa, le agradecí su ayuda y me despedí.

Era casi el mediodía. Me encontraba a sólo diez minutos de casa en coche, así es que decidí almorzar con Marge. A veces voy a almorzar a casa y otras veces no, dependiendo de en qué parte de la ciudad me encuentro a esas horas. Marge siempre tiene a mano algún tipo de comida que puede preparar con rapidez si yo llego a casa.

- Me han encargado del caso - le dije en cuanto entré.

Sabía a lo que me refería. No tuve necesidad de explicárselo.

Mientras comíamos, le conté lo poco que había averiguado y que no había sido publicado en los periódicos.

- Así pues - resumí el final -, Max Easter no estuvo disparando en la oscuridad contra ningún gato. Se trataba más bien de un gallo con pijama de seda. Al menos en esta ocasión te han fallado tus presentimientos. Y también has fallado en tu otra idea: Easter está realmente ciego.

Ella se volvió hacia mí, levantando ligeramente su nariz.

- Te apuesto diez centavos a que no lo está.

- Te ganaré la apuesta - afirmé.

- Quizá. No te apostaría nada sobre la cuestión del gato, aunque el gallo en pijama del capitán Eberhart no es menos absurdo, como también me lo parece tu sombrero con cinta de seda y una pluma.

- Pero si era eso, el asesino se lo habría llevado consigo. Si se trataba del gato pardo, en cambio, ¿qué ocurrió con él?

- Está claro: el asesino se lo llevaría en la maleta que cogió del armario.

Ante esta observación, elevé mis manos, en un claro gesto de asombro.

Del mismo modo, Marge había estado hablando en serio sobre su presentimiento de que la ceguera de Max Easter no era real, y cuando Marge se toma en serio uno de sus presentimientos, también lo hago yo. Al menos hasta el punto de comprobar la cuestión con la mayor exactitud posible. Así pues, antes de salir de casa llamé al capitán Eberhart y conseguí el nombre y la dirección del médico que estaba tratando los ojos de Max Easter.

Fui a verle, y tuve la suerte de que me introdujeran en su despacho en cuanto llegué. Después de identificarme y explicar lo que deseaba saber, le pregunté:

- ¿Cuánto tiempo tardó usted en ver a mister Easter después de que se produjera el accidente?

- Creo que llegué a la planta química unos veinte minutos después de que me llamaran por teléfono. Y, según me dijeron, la llamada telefónica se hizo inmediatamente.

- ¿Notó usted algo anormal en la condición en que estaban sus ojos?

- No, nada anormal, teniendo en cuenta el ácido diluido que les había salpicado. De todos modos, no estoy seguro de haber comprendido bien su pregunta.

Ni yo mismo estaba seguro de haberla comprendido. No sabía exactamente qué es lo que andaba buscando. Pregunté:

- ¿Sentía mucho dolor?

- ¿Dolor? ¡Oh, no! El ácido tetriánico provoca una ceguera temporal, pero sin causar dolor. No resulta más doloroso que el ácido bórico.

- ¿Puede usted describirme los efectos, doctor?

- Dilata las pupilas, como la belladona. En último término es totalmente inofensivo. Pero, además de la dilatación de las pupilas, que es una reacción inmediata, provoca una parálisis temporal de los nervios ópticos y, en consecuencia, una ceguera temporal. Normalmente, la duración de la ceguera es de dos a ocho horas, lo que depende de la fuerza de la solución.

- ¿Y cual era la fuerza de la solución en este caso?

- Del tipo medio. Mister Easter debía haber recuperado la vista en un plazo no superior a las seis horas.

- Pero no ocurrió así - indiqué.

- No la ha recuperado todavía. Y esos nos lleva a dos posibles conclusiones. Una, que es una persona anormal en cuanto se refiere a su tolerancia para la sustancia en cuestión. En ese caso, se trata de un simple asunto de tiempo; recuperará su visión dentro de muy poco. La otra posibilidad, desde luego, es que nos encontremos ante un caso de ceguera histérica, ceguera causada por autoengaño. Estoy casi convencido de que no es este último el caso de mister Easter. Sin embargo, si su ceguera persiste más de una semana, tendré que recomendar la intervención de una psiquiatra.

- ¿No existe una tercera posibilidad? - pregunté -. ¿Fingirse enfermo, por ejemplo?

- No olvide, mister Hearn - dijo el médico, sonriendo -, que soy un empleado de la empresa y que actúo en defensa de los intereses de ésta. No existe la menor posibilidad de que una persona pretenda sufrir una dilatación de pupilas que aún persiste. Y mister Easter no está fingiendo ceguera. Hay ciertas pruebas que lo atestiguan. Y, como ya le he dicho, estoy razonablemente seguro de que no se trata de un caso histérico. Baso mis suposiciones en la continua dilatación de las pupilas. De todas maneras, la histeria produciría más bien una parálisis continua de los nervios, pero no una dilatación de las pupilas.

- ¿Cuándo le examinó usted por última vez?

- Ayer mismo, a las cuatro de la tarde. Le he ido a visitar todos los días, a esa misma hora.

Le agradecí sus informaciones y me marché. Al menos por una vez había fallado unos de los presentimientos de Marge.

Había estado retrasando durante demasiado tiempo mi visita a la casa de los Easter. Me dirigí hacia allí y llamé al timbre.

Me abrió la puerta una mujer que resultó ser mistress Max Easter, Louise Easter. Me identifiqué y ella también se identificó invitándome a entrar. Era una mujer de buen aspecto, incluso con ropa de estar por casa. Habría sido muy interesante examinarla para ver si su cuerpo mostraba alguna señal producida por roce de bala. Pero, por otra parte, su coartada era tan buena como cualquier otra que hubiera visto jamás y, además, estaba Marge.

Louise Easter me dijo que su esposo todavía estaba en cama, en su habitación de la planta superior, y me preguntó si deseaba subir. Dije que así lo haría, pero que antes deseaba dar un vistazo por la planta baja, para conocer la disposición del lugar.

Me acompañó, mostrándome el cajón de donde el asesino había cogido el revólver de Max, el armario donde había estado guardada la plata, y la estantería de la cocina donde ella solía dejar los guantes de algodón.

- ¿Y esas fueron las únicas cosas que usted echó en falta? - pregunté.

- De la plata baja, sí. También se llevó la cartera de Max y su reloj, que estaban en la mesita de noche de la habitación. En la cartera había unos veinte dólares y, al parecer, ese era todo el dinero que había en la casa. Y la maleta.

- ¿De qué tamaño era la maleta?

Movió las manos para mostrármelo; las medidas aproximadas eran de unos setenta centímetros por cuarenta y cinco. Una maleta bastante más grande de la que habría necesitado para introducir en ella lo que se llevó..., pero quizá pensó encontrar más cosas.

Le pedí que me contara con toda exactitud lo que ocurrió aquella tarde, empezando por el momento en que llamó a mistress Armin Robinson para cancelar la cita de la película.

- Debió de ser alrededor de las seis y media - me dijo -. Acababa de darle la cena a Max, pero aún no había lavado los platos, decidí entonces que sería mejor no salir de casa para no dejar solo a Max. Pero entonces, Armin se puso al teléfono y me dijo que él vendría a estarse con Max y que yo podría salir. Cuando terminé de lavar los platos y de arreglarme, Armin ya había llegado. Supongo que eso debió ocurrir hacia las siete y media. Como no tenía que marcharme inmediatamente para estar en el cine a las ocho, la hora a que nos habíamos citado, me quedé y hablé con los dos, en la habitación de Max, durante cinco o diez minutos. Después, me marché. Eso debió haber sido alrededor de... ¡oh!, por lo menos a las ocho menos veinte, pues llegué al cine uno o dos minutos antes de la hora y mistress Robinson, llegó a las ocho en punto.

- Al marcharse, ¿cerró con llave la puerta principal?

- No. Me pregunté si debía hacerlo, pero decidí que no, porque no es una cerradura de muelle. Habría tenido que cerrar desde el exterior y llevarme la llave, y no me pareció correcto dejar encerrados a Armin y a Max. Sin embargo, la puerta de atrás si que estaba cerrada con llave.

- ¿Cree que el asesino penetró en la casa después de que usted la abandonara, o sea entre ese momento y las ocho?

- Así debió hacerlo, a menos que se escondiera en el sótano. No pudo haber estado arriba porque allí sólo hay dos dormitorios, el pequeño vestíbulo y el cuarto de baño, y yo estuve en cada una de esas habitaciones antes de marcharme. Tampoco pudo haber estado en la planta baja porque cuando bajé, lista ya para marcharme, no pude encontrar mi bolso y tuve que buscarlo. Lo encontré en la cocina, pero antes estuve mirando por todas partes.

- ¿Qué tal siguen los ojos de su esposo? - pregunté -. ¿Alguna mejoría?

- Me temo que no - contestó, moviendo la cabeza -, al menos por ahora. Y estoy empezando a sentirme preocupada, a pesar de lo que dice el médico. Al menos hasta esta mañana no se ha producido ninguna mejoría.

- ¿Esta mañana?

- Cuando le cambié el vendaje y le lavé los ojos. Tendré que volver a hacerlo dentro de una hora. Supongo que no tendrá que hablar tanto tiempo con él, ¿verdad?

- Probablemente no - contesté -. Pero en ese caso, será mejor que empiece ahora mismo.

Subimos al piso de arriba. La puerta de uno de los dormitorios estaba entreabierta, tal y como debió haber estado el viernes por la tarde. A través del espacio abierto pude ver a Max Easter, con los ojos vendados, sentado en la cama. Tal y como el asesino debió verle cuando subió aquellas mismas escaleras, una vez que Louise Easter abandonó la casa.

Me quedé bajo el dintel, donde debió haberse detenido el asesino antes de disparar la bala que mató a Armin Robinson, antes de penetrar en la habitación, acercándose a la cama, y antes de arrojar el revólver sobre ella.

Louise Easter me precedió, penetrando en la habitación y diciendo:

- Max, está aquí mister Hearn, del Departamento de Homicidios.

Agradecí la introducción, pero sin pensar en ella porque me quedé observando la habitación, mirando la silla donde debió haberse sentado Armin

Robinson, la más próxima a la cama, y el agujero existente en el yeso, por encima y por detrás de la silla, de donde había sido extraída la bala. Y me volví y observé el lugar donde había sido encontrada la otra bala. Estaba situado a unos cincuenta centímetros por encima del nivel del suelo y aproximadamente a un metro y medio de distancia de la puerta.

La bala que había disparado Max Easter. La que había mostrado tener restos diminutos de sangre, seda y plumas. No sangre, sudor y lágrimas, sino sangre, seda y plumas.

Visualicé la línea de tiro... Max, sentado en la cama, apuntando el arma hacia un sonido y bajándola después, cuando escuchó cómo las rodillas del asesino golpeaban contra el suelo. Traté de imaginarme al asesino, de pie, situado en alguna parte, ante esa misma línea de fuego, agachándose después o arrodillándose, tratando de apartarse de la boca del arma.

Pero Max Easter me había dicho algo, y tuve que volver a pensar en el sonido de sus palabras para comprender que me había pedido que me sentara.

Se lo agradecí y crucé la estancia para tomar asiento en la misma silla donde se había sentado Robinson. Miré hacia la puerta. No, desde ese ángulo Robinson no pudo ver el tramo de escaleras. Al margen de lo entreabierto que hubiera podido estar la puerta, el caso es que no pudo haber visto al asesino hasta que éste penetró en la habitación.

Miré a Max Easter, después a Louise Easter y finalmente eché un nuevo vistazo por toda la habitación. Me di cuenta entonces de que no había dicho una sola palabra desde que entré y que Easter no podía saber lo que estaba haciendo.

- Sólo estoy observando un poco la habitación, mister Easter - dije al fin -, tratando de imaginarme como sucedió todo.

El hombre sonrió un poco tristemente y dijo:

- Tómese el tiempo que necesite. Yo dispongo de mucho. Louise, me voy a levantar un poco; estoy cansado de estar en la cama. ¿Me traerás mi batín?

- Claro, Max, pero... - no terminó de pronunciar su protesta, cualquiera que ésta pudiera ser.

Cogió el batín de su esposo del cuarto de baño y se lo sostuvo mientras él se lo ponía sobre el pijama. Después, el hombre volvió a sentarse sobre el borde de la cama.

- ¿Quiere tomar una botella de cerveza, mister Hearn? - me preguntó.

Abrí la boca para decir que me gustaría tomar una, pero que nunca lo hacía mientras estaba de servicio. Pero entonces me di cuenta de que él no podría traerme la botella y que Louise tendría que bajar a la cocina para buscarla, y que, probablemente, eso era lo que pretendía, con objeto de poder decirme algo en privado.

- Claro, gracias - terminé por decir.

Pero cuando Louise se dirigió a la cocina, descubrí que me había equivocado. Aparentemente, Max Easter no tenía nada que decirme. Se levantó y dijo:

- Creo que voy a ver como están mis alas, mister Hearn. Por favor, no me ayude. Louise habría insistido en hacerlo de haber permanecido aquí, pero quiero aprender a hacerlo yo solo. Únicamente voy a tratar de cruzar la habitación hasta esa silla.

Estaba tanteando su camino, sobre la alfombra, dirigiéndose hacia la otra parte de la habitación, casi exactamente hacia el lugar donde había sido

desconchado el yeso de la pared para extraer la bala que él había disparado. Después, dijo:

- También tengo que aprender esto. Por todo lo que sé...

No terminó de pronunciar la frase, pero ambos sabíamos que había empezado a decir.

Su mano tocó la pared, después se volvió, extendiéndose en busca de la silla. Desde donde estaba no podía alcanzarla, así que le dije:

- A su derecha, unos dos pasos.

- Gracias.

Se movió en aquella dirección y su mano encontró al fin el respaldo recto de la silla, situada junto a la pared. Se volvió y tomó asiento en ella y noté que se sentó con pesadez, como suele hacer una persona cuando la superficie sobre la que se sienta está más baja de lo que había pensado, como si sobre aquella silla acostumbrara a haber un cojín que ahora no estaba.

No soy una persona muy brillante pero tampoco soy un tonto. Lo del cojín me hizo pensar en plumas. Sangre, seda y plumas. El cojín de una silla, forrado de seda.

Tenía algo, aun cuando no supiera muy bien qué era lo que tenía.

Por otra parte, el sentido de la dirección de Max Easter al andar hacia la silla, quizá no había sido tan malo como aparentó ser. Había andado hacia el lugar donde la bala se había incrustado en la pared. Y si la silla hubiera estado en donde él había creído encontrarla, y si hubiera tenido un cojín sobre su asiento, la bala tendría que haber atravesado el cojín.

No le pregunté si alguna vez hubo un cojín de seda sobre aquella silla. Sabía que tuvo que haberlo.

Me sentí un poco asustado.

Louise Easter subía las escaleras en aquel momento. Sus tacones sonaron sobre la madera, hasta llegar a la puerta, en donde apareció con una bandeja sobre la que había tres botellas y tres vasos. Primero sostuvo la bandeja ante mí y tomé un vaso y una botella, pero en aquellos momentos no estaba pensando en la cerveza.

Estaba pensando en la sangre. Ahora sabía de dónde procedían los restos de seda y de plumas de la bala.

Me levanté y miré a mi alrededor. No vi nada de sangre, ninguna otra cosa que me hiciera pensar en sangre, pero noté algo anormal..., la persiana que había en la única ventana del dormitorio. Se trataba de una persiana doble, muy pesada y de una construcción peculiar.

Me sentí aún más asustado. Debió de notarse en mi voz cuando pregunté algo sobre la persiana. Max me contestó.

- Sí, hice construir esa persiana especialmente, mister Hearn. Soy fotógrafo aficionado y utilizo esta habitación como cuarto oscuro. También hice arreglar la puerta para que encajara perfectamente.

A partir de entonces, las cosas empezaron a aclararse.

- Max - dije, sin darme cuenta de que le estaba llamando por su nombre de pila -, ¿quiere quitarse ese vendaje?

Dejé la botella y el vaso en el suelo, sin haberme servido una sola gota de cerveza. Cuando algo está a punto de aclararse por algún lado, siempre quiero tener las manos libres.

Max Easter empezó a quitarse con movimientos inciertos el vendaje que le rodeaba la cabeza. Louise Easter dijo:

- ¡No lo hagas, Max! El médico... - y entonces sus ojos se encontraron con los míos y supo que ya no valía la pena decir nada más.

Max se levantó y terminó de quitarse el vendaje. Parpadeó y se restregó ligeramente los ojos con unas manos temblorosas.

- ¡Puedo ver! - exclamó -. Está todo muy borroso, pero empiezo a...

Entonces, sus ojos debieron distinguir las cosas con un poco más de nitidez, porque su mirada se fijó en el rostro de su esposa.

Y entonces empezó a ver.

Y yo hice lo que tenía que hacer con la mayor rapidez y amabilidad posible, en consideración a Max Easter. La saqué de allí y la llevé al cuartel general. Y me llevé la botella en la que una etiqueta decía: «ácido bórico», pero que contenía el ácido tetránico que le había seguido manteniendo ciego.

Trajimos también a Lloyd Eldred. No quiso hablar hasta que dos de los muchachos acudieron a su casa con una orden de registro. Encontraron la maleta, escondida en el patio de la casa, y se la trajeron consigo. Después, el hombre habló.

V

El concluir una cosa así lleva algún tiempo. No llegué a casa hasta casi las ocho. Pero recordé llamar a Marge para que me esperara a cenar.

Cuando llegué, aún me sentía algo tembloroso. Pero Marge pensó que hablar me haría bien, así es que hablé y se lo conté todo.

- Lloyd Eldred y Louise Easter planeaban escapar juntos. Eso formaba parte de todo el plan. Otra parte era que Lloyd había desfalcado algún dinero a la Springfield Chemical. Dicen que unos cuatro mil. No pudo devolverlo; lo había perdido en el juego. Y estaban esperando una inspección para dentro de dos semanas; se trataba de una inspección anual rutinaria, pero él tendría que haberse escondido en alguna parte, aun cuando no hubiera pretendido huir con Louise Easter.

»Además, deseaba algún dinero con el que huir, un buen puñado que les permitiera empezar en alguna otra parte. Había estado haciendo comprobantes falsos y enviándose cheques a sí mismo bajo otros nombres. Después, para acelerar las cosas, tuvo que desembarazarse de Max, quien, además de realizar su tarea de pagaduría, le ayudaba a llevar la contabilidad regular por lo que habría podido descubrir todo el asunto. Y el miércoles de esta semana, o sea, pasado mañana, es el día de paga quincenal. La empresa suele pagar en efectivo a los obreros, aunque no a los administrativos. Teniendo a Max fuera de su camino, podría haberse apoderado de ese dinero. Podría haber sido mucho... si hubiera podido desaparecer con él.

»Así pues, instaló una pequeña trampa explosiva sobre la cuba de ácido, de modo que cuando Max recogiera la tarjeta del horario la jarra cayera en el ácido. Aquello le permitió desembarazarse de Max..., aunque no le habría mantenido alejado por mucho tiempo si Louise no hubiera cooperado. Y eso fue muy simple. Le entregó una cierta cantidad de ácido tetránico diluido que sacó de la empresa, para sustituir el ácido bórico con el que ella limpiaba los ojos varias veces al día. Esta operación la realizaba en una habitación totalmente oscura; no quiero decir que bajara la persiana en secreto, sino más bien que le decía a su esposo que la operación debía realizarse así. Y ella siempre lo hacía una o dos horas antes de que llegara el médico, de modo que

cuando éste le quitaba el vendaje para observarle los ojos, los encontraba aproximadamente en el mismo estado en que estaban la primera vez que los examinó.

Marge me miró con los ojos muy abiertos.

- Entonces, él no estaba ciego en realidad. Pero yo sólo lo dije porque...

- Fuera cual fuese la causa - la interrumpí -, el caso es que tenías razón. Pero espera; todavía no he llegado al momento decisivo. El asesinato no entraba dentro de sus planes, simplemente se produjo así. Armin Robinson se había enterado de que había algo entre Lloyd Eldred y Louise Easter. Probablemente les vio juntos en alguna parte...; el caso es que se enteró de lo que ocurría. Naturalmente, no sabía nada del desfalco, ni de que estaban planeando escapar juntos. Pero sabía que la esposa de Max estaba engañando a su amigo, a su mejor amigo. Eso fue precisamente lo que le estuvo preocupando durante los dos o tres días anteriores a su muerte: no sabía si decírselo o no a Max.

»Finalmente, decidió contárselo todo a Max aquella noche, mientras estuviera solo con él. Louise tuvo que haberlo sospechado... Ya fuera por su actitud, o por la forma en que Robinson le habló al llegar a su casa, el caso es que supuso que sabía algo y que iba a decírselo a Max en cuanto ella se marchara. Ella dice que casi decidió permanecer en casa y anular la cita con mistress Robinson, pero entonces se dio cuenta de que aquello no contribuiría a detener el curso de las cosas, y que quizá podría marcharse, confiando en que Max no creyera lo que Armin iba a contarle.

»Entonces, justo en el momento en que se disponía a marcharse, llegó Lloyd Eldred. Sólo había venido para hacerle una visita de compromiso a Max, y había traído consigo un regalo, algo que sabía le gustaría mucho a Max y que le ayudaría a pasar el tiempo entretenido mientras estuviera ciego. Algo con lo que podría jugar mientras estuviera en cama.

Marge se lo vio venir. Se llevó la palma de la mano a la boca y dijo:

- ¿Quieres decir...?

- Sí - afirmé -, un gatito. A Max le gustan mucho los gatos. Tenían uno que había muerto atropellado por un coche hacia apenas una semana. Y Lloyd tenía que traerle a Max algo con lo que éste pudiera distraerse sin necesidad de ver... Quedaban descartados los libros y cosas así, y no se suele llevar flores a un hombre enfermo. Así es que un gatito era la solución perfecta.

- George, ¿de qué color era?

- Louise se lo encontró en la puerta principal - continué, sin contestar su pregunta -, y le dijo que Max estaba hablando con Armin y lo que este último le iba a contar, según ella. Lloyd le ordenó que se marchara y que él se haría cargo de todo, aunque no le dijo cómo lo haría.

»Así pues, ella se marchó y Lloyd entró en la casa. Se sentía mucho más preocupado por todo el asunto de lo que había estado Louise. Se daba cuenta de que si se descubría aquella parte de la verdad, surgirían las sospechas y probablemente también se descubriría el desfalco que había hecho. En tal caso todos sus planes se habrían venido abajo, y se vería obligado a huir sin el dinero que estaba esperando y con el que ya contaba.

»Se puso el gatito en el bolsillo y se dirigió hacia donde sabía que Max guardaba su revólver, apoderándose de él. Vio entonces los guantes de algodón, y se los puso. Subió silenciosamente las escaleras y permaneció fuera de la habitación, escuchando. Cuando oyó decir a Armin Robinson: «Max,

hay algo que odio tener que decirte...», penetró en el dormitorio. Cuando Armin le vio y se levantó de la silla, disparó contra él. Fue una suerte que Armin no pronunciase su nombre, pues en tal caso también habría matado a Max.

- Pero ¿por qué arrojó el arma sobre la cama?

- No deseaba llevársela consigo. Lo primero que pensó fue dejar el arma allí para confundir los hechos. También pensaba dejar el gatito, porque al parecer lo había conseguido sin que existiera la posibilidad de que su pista nos condujera hasta él. Pensaba hacer esto y marcharse. Como ves, no se trató de un asesinato previamente planeado. Surgió a medida que se fueron desarrollando los acontecimientos.

»Así pues, se acercó a la cama y arrojó el arma sobre ella. Se sacó después el gatito del bolsillo y lo sostuvo por el pescuezo, para arrojarlo tras el arma. Entonces vio cómo Max cogía el revólver y lo apuntaba en su dirección, a sólo un par de metros de distancia. Se arrojó al suelo, cayendo de rodillas, para situarse fuera de la línea de tiro, casi en el momento en que Max apretaba el gatillo. Pero la boca del cañón descendió al dejarse caer él al suelo, y fue en ese preciso momento cuando Max disparó. La bala mató al garito y terminó por incrustarse en la pared, después de haber atravesado un cojín de seda que había sobre la silla situada junto a la pared.

»Después, Max arrojó el arma, que cayó al suelo, fuera de su alcance..., pasando así el peligro. Lloyd decidió que lo más sensato sería aparentar en lo posible que todo había sido consecuencia de un robo. Cogió las carteras y el reloj, así como un a maleta del armario. Para que todo pareciera un robo, no podía dejar allí el gatito muerto..., eso nunca lo hacen los ladrones. Cuando se dirigía hacia el armario, dejó el gato sobre la silla, sobre el cojín atravesado por la bala, para tener las manos libres. Cuando cogió la maleta, puso en ella el gato y el cojín, ya que éste estaba manchado de sangre.

»Mientras tanto, Max no se había movido..., y él sabía que no se movería hasta que oyera cerrarse la puerta de entrada a la casa. Así pues, disponía de tiempo. Bajó las escalera y se apoderó de los objetos de plata y de unas cuantas cosas más. Después abandonó la casa y todo terminó.

- George, ¿de qué color era ese gato? - preguntó Marge de nuevo.

- Marge - dije -, no creo en la intuición ni en la clarividencia. Ni tampoco en la coincidencia..., al menos en tanta coincidencia. Así es que mal rayo me parta si te lo digo... jamás.

Pero creo que aquello fue una buena contestación para ella, porque nunca más volvió a preguntármelo.

FIN

Enviado por Paul Atreides